

## Hipótesis Comprobada

# El Dr. Soberón y su Partido

POR LORENZO MEYER

EN varias ocasiones he insistido en este espacio que uno de los obstáculos que la modernización política de México debe superar es la debilidad de sus partidos, empezando por el llamado partido oficial. Bueno, la semana pasada un secretario de Estado se encargó de confirmar, de manera indirecta pero contundente, la hipótesis de que el Partido Revolucionario Institucional no es, en sentido profundo, un partido político sino una mera maquinaria electoral al servicio del Presidente de la República. La confirmación a la que me refiero la hizo el doctor Guillermo Soberón, secretario de Salud, el día 3, ante un grupo de notables priístas en las llamadas "Jornadas de Análisis de la Política Social del Gobierno de la República", organizadas por el partido del gobierno.

★

COMO recordará el lector, en esa ocasión una senadora preguntó al señor secretario algo que, en principio, debería haber sido una interpelación absurda: ¿era o no era el doctor Soberón miembro del PRI? Quien por ocho años fuera el rector de la universidad más grande del país respondió: "... No era, pero ya soy...", con lo cual su auditorio se dio por satisfecho y aplaudió al secretario.

La razón de la pregunta se remonta a varios años atrás, cuando el doctor Soberón era rector de la U.N.A.M. y negó públicamente pertenecer a partido político alguno. Como el señor secretario tiene fama de buen científico y funcionario que gusta de respuestas claras, entonces debemos aceptar que, efectivamente,

hasta el 5 de enero de 1981 —fecha en que entregó la Rectoría de la UNAM a su sucesor— él no era miembro del PRI, aunque sin

duda alguna era ya una de las personas que tenía mayor conocimiento sobre la naturaleza de los partidos políticos mexicanos, ya que en la UNAM están representados y dejan sentir su presencia casi todos los partidos y corrientes políticas que existen en el país.

¿Cuándo se hizo miembro activo del PRI el doctor Soberón? El no lo dijo,

pero bien pudo ser inmediatamente después de dejar la Rectoría, cuando José López Portillo lo nombró, dentro de la SPP, coordinador de las varias instituciones de salud pública a cargo del Gobierno Federal. Claro que también es posible que esperara a ser nombrado secretario de Salud por Miguel de la Madrid para convertirse en hombre de partido, es decir hasta diciembre de 1982. Así pues, y en el mejor de los casos, el doctor Soberón llegó a la cúspide del poder, al círculo más exclusivo de la élite política mexicana, con menos de dos años de militancia en el que hoy es su partido.

En un sistema político donde los partidos tienen una vida real y vigorosa —es decir, donde la organización partidaria es fuente indispensable de poder para quienes ocupan los altos cargos de gobierno— sería impensable que una persona con una historia de militancia tan pobre como la del doctor Soberón llegara a ocupar un cargo político tan alto. Y menos explicable aún sería el hecho de que la dirigencia del partido festejara con risas y aplausos el hecho de que un secretario de Estado llegara a tan encumbrada

posición sin necesidad de pagar una cuota significativa de actividades partidistas. Un diputado veracruzano llegó incluso a comentar: "Reconocemos en Guillermo Soberón a un priísta de hueso colorado"; pues si esos son los priístas de hueso colorado, ¿cómo serán los normales, los comunes y corrientes?

★

QUE conste que no pretendo emitir juicio alguno en torno a la persona del doctor Soberón, sino sobre la naturaleza del PRI, del no-partido que nos gobierna. En efecto, para nadie resulta ya una sorpresa el hecho de que una militancia activa y prolongada en el partido del gobierno no es requisito para llegar a los altos puestos políticos, al contrario, a veces parece ser una desventaja. El doctor Soberón no es un caso de excepción, muchos secretarios de Estado, directores de las grandes empresas paraestatales, gobernadores e incluso presidentes, han llegado a sus puestos ayunos de experiencia en la vida partidaria, pero muchos —muy muchos— en la complicada y feroz lucha que todos los días se libra en las entra-

11-II-87

fas de la gigantesca y no muy eficiente burocracia que nos gobierna; es más, en lo privado, muchos de ellos muestran un total desprecio por el partido a cuyo programa dicen seguir y obedecer.

La poca importancia que tiene el PRI como vía de acceso al éxito político se explica por el hecho de que en México la fuente del

poder es la burocracia — sobre todo la federal— y no el partido. En realidad, cuando llega a ocurrir la anomalía de que los partidos presenten problemas reales al triunfo del PRI en las urnas, es la fuerza de la burocracia central la que da la victoria electoral —por las buenas o por las malas— al partido del gobierno y no al revés, como se supone que debería ser el caso. Sin la ayuda eco-

nómica, logística, de inteligencia y de control, que le dio el gobierno central al candidato a gobernador del PRI en Chihuahua en las últimas elecciones, es muy probable que éste no hubiera podido reclamar la victoria. Ejemplos como el de Chihuahua hay varios en el pasado, pero deberían de disminuir hasta desaparecer en el futuro, si realmente se quiere que México adquiera la fisonomía de

un país políticamente moderno. Y para ello es indispensable que los partidos, empezando por el que se dice mayoritario pero también los de oposición, se transformen en entes reales, con vida propia y anclados en las entrañas de la sociedad.

Uno de los grandes problemas políticos en México es la existencia de un presidencialismo agobiante y que resulta ya obsoleto

para hacer frente a las necesidades de una sociedad tan compleja y en crisis como la nuestra. La existencia de partidos políticos con fuerza propia —incluido el partido en el gobierno— es uno de los mejores valladares a los excesos presidencialistas. Necesitamos esos partidos, pero ante el espectáculo de la comparecencia del doctor Soberón, dudo mucho que el PRI lleve algún día a ser justa-

mente uno de esos partidos que México requiere; le queda grande la tarea.

POSDATA. Después de escribir este artículo se efectuó la marcha de Tlatelolco al Zócalo convocada por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU). Una forma de interpretar tan espectacular movilización pacífica y ordenada de gente joven es la de un fracaso de los partidos de oposición, y en concreto de los de izquierda. En medio de una de las crisis económicas más brutales que ha experimentado México, la izquierda partidaria ha sido incapaz de ejercer presión real alguna contra un gobierno empeñado obsesivamente en una política que afecta de manera dramática el nivel de vida de los

mexicanos de las clases baja y media, es decir de casi todos.

En cambio, los líderes del CEU, en unos cuantos meses y con demandas más bien simples y de una legitimidad un tanto dudosa, han logrado, al margen de los partidos, una movilización y un grado de organización que deben de ser la envidia de éstos. Es obvio que, como el PRI, los partidos de izquierda también se han quedado chicos ante la magnitud de su tarea.

No comparto el entusiasmo de los manifestantes por sus demandas específicas —la mejor forma en que una universidad pública puede servir a la socie-

dad que le da vida es buscando consistentemente la excelencia académica— pero sí por las latentes. Flago votos por que su entusiasmo fructifique en formas de acción cívica que faciliten el tan deseado tránsito del autoritarismo a la democracia, y por que los partidos sepan encauzar de manera constructiva y permanente la gran energía política que se desplegó ayer en las calles de la ciudad de México.